

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 8 OCTUBRE 1959
NÚM. 560 AÑO XII

El nuevo Curso Escolar



Siempre tuvo gran importancia la apertura oficial de curso en cualquier Centro Docente. Pero se revistió de solemnidad en los Institutos de Enseñanza Media y, especialmente en las Universidades. Solemnidad viva, sentida, que hoy, en cambio, ha pasado a ser el puro cumplimiento de una especie de rito, situado en un plano dudosamente real, pese a que la importancia de su significado alcanza, en nuestros días, un ámbito y unos límites mucho más amplios.

Antes, y me refiero concretamente al primer cuarto de siglo, la noticia incluso de la apertura del curso escolar en los Centros de Enseñanza Media y Superior afectaba sólo a un número muy reducido de familias; familias que ya tradicionalmente venían demostrando su afición a las actividades intelectuales. Cuarenta y ocho era el número de alumnos que empezamos el Bachillerato en el Instituto de Gerona, el año 1922. Y diez y siete, en total, mis compañeros de Universidad. Hoy las cifras se han centuplicado o más, y sigue este aumento en progresión creciente. Según estadísticas, aquí en España, cada 6 años se duplica el censo estudiantil.

Este gran número de jóvenes que acuden a las aulas su supuesta vocación, sus preocupaciones, han extendido sobre todas las esferas sociales un nuevo interés hacia los temas relacionados con los estudios. Interés que gravita como un nuevo factor, esencialísimo, en el plan general de nuestros problemas más acuciantes. Los estudios medios se han incorporado en suma, a la vida de todos. Los estudios y todo lo que haga referencia a ellos. Sean los Centros, los planes de Enseñanza, los métodos pedagógicos o la técnica examinadora. Todos estos te-

mas son hoy, en mayor o menor proporción, temas del día; generales. Y, quizás, por ser tan generales, su importancia primitiva y que afectaba a unos pocos, se ha diluido paradójicamente en el conjunto de una gran masa.

Hoy, el estudio es un pan que todos queremos comer, —que todos deberíamos comer—, pero, sea por un mal fermento, sea por una defectuosa cocción, sea por debilidades constitucionales, a muchos se les indigesta. El porcentaje de suspensos en los exámenes es realmente asombroso. Se ha aireado ya en la prensa, la posible o las posibles causas de tamaño desastre, que en el fondo, desalienta más a los padres que a los propios muchachos, ya que éstos viven totalmente inmersos en el pasmo de su propia juventud y de su tiempo. Pero airear no significa resolver.

Hablando recientemente con un profesor extranjero, se mostró muy sorprendido, al enterarse de nuestro porcentaje normal de «suspensos». ¿«Un sesenta o un setenta por ciento..? ¿Por qué el Estado no suspende a los profesores?»

Su pregunta era absolutamente lógica, porque un profesor que deba declarar no aptos a más de la mitad de su clase, no hace más que firmar su propio fracaso. Pero mi interlocutor ignoraba la complicada organización española de la Enseñanza Media y las diferentes categorías de Centros y Profesores, cuyo estructurado deriva a que en las pruebas finales, en las de Grado, en las más decisivas, examinadores y examinados se desconozcan. Cada juez es juez de huerto ajeno; y así, nadie rubrica su propio fracaso, sino el del prójimo. ¿Qué importa, entonces, un sesenta o un setenta por ciento?

El nuevo curso 1959-1960 ha empezado ya. Los libros recién salidos de la imprenta son hojeados amorosamente por los alumnos. Mas, sobre su voluntad de trabajo, se cierne ya el lejano fantasma de los exámenes. Y ese telón de fondo les impide ver la vida que aguarda más allá, —esa vida, la vida que debiera ser el único obje-

Sintonia

Despido y reingreso

En la casa de Ancora, casa quimérica, hubo despido. Pero no despido de personal con el consiguiente sinsabor. Ni despido, llamésmole viajero, cual son estos despidos destinados a los que se alejan emprendiendo una ausencia, y que llevan sus correspondientes lágrimas de desconsuelo o añoranza.

En la casa de Ancora hubo despido de soltería. Despido alegre, íntimo, optimista. Porque uno de sus redactores va, pronto a casarse, y esto siempre ha sido y será un hecho trascendente. Un hecho que bien merece la adhesión de los amigos. La comunidad matrimonial es una cosa que siempre está deseando el ingreso de nuevos militantes.

Hay quien dice que se da esta circunstancia, para que la carga sea más llevadera para todos. Ingenuidad. Porque en realidad el matrimonio representa la verdadera base de la sociedad y de ahí trasciende el valor moral y social de cada pareja que se encamina hacia él.

Por este motivo los componentes del cuerpo de redacción de este semanario festejaron el sábado pasado, en la intimidad y en la sencillez, la próxima boda de uno de ellos. Despidieron su soltería sin estridencias, o sea, al contrario de lo que parece ser la norma en estos casos. Mejor diríase que aquel acto amistoso equivalió a la salida simbólica de nuestro compañero del cuerpo de redacción, para luego, a la vuelta de su feliz viaje de novios, recibirlo en su reingreso con los atributos conferidos por su nuevo estado.

En la casa de Ancora hubo despido. Y ya ven nuestros lectores que clase de despido fue. Un despido que nos afianza, que nos une todavía más en esta particular espiritual de la ciudad como lo representa este portavoz nuestro de cada semana.

tivo de su preparación —, fijos los ojos en un cuestionario más o menos acertado, más o menos absurdo, pero absurdo siempre como meta de una definitiva y auténtica formación.

Y a esa verdad, aunque parezca rebeldía, deberá abrazarse el profesor para rendir su mejor servicio al alumno. Implícita promesa que preside toda inauguración de curso, tanto si la acompañaron solemnidades a la antigua usanza o el cómodo desenfado de las normas modernas.

L d'A.